

de ejercer su derecho. No hay más que un solo poder efectivo, el del Presidente, que ejerce todos los poderes, el ejecutivo directamente, el legislativo por medio de corporaciones hechas a su medida. ¿Qué importa que se conserve para las elecciones de la Cámara y el plebiscito el sufragio universal, si por encima de la voluntad del pueblo están las candidaturas oficiales? Bajo el disfraz de un régimen democrático, lo que realmente se funda es un gobierno personal.

El Príncipe-presidente conservó la dictadura hasta el mes de Marzo de mil ochocientos cincuenta y dos, y con ser tan corto, en este período acabó de matar todo germen de vida política en Francia. Reorganizó la guardia nacional, trocándola en instrumento pasivo y secundario del poder; confiscó los dominios de la familia de Orleans, y le prohibió tener propiedades en Francia; sometió los cafés y toda clase de reuniones públicas á la previa autorización, siempre revocable, poniendo en manos de la administración todos los medios de propaganda; sujetó á la prensa á trabas innumerables, que la pusieron á merced de su capricho; por decreto de nueve de Marzo, despojó de la inmovilidad á los profesores, estableciendo que los de la enseñanza superior serían nombrados y separados á discreción del Presidente de la República, y los de la enseñanza secundaria á discreción del ministro. Más de cuarenta profesores, la flor y nata de la enseñanza superior y secundaria, por negarse á prestar el juramento exigido por la nueva Constitución, fueron lanzados de sus cátedras, con gran detrimento de la instrucción pública. Debemos añadir, como tributo á la verdad, que tanto esfuerzo como empleó el nuevo poder en destruir los intereses morales, otro tanto puso en fomentar el desarrollo de los materiales. Este fué el lado positivo del nuevo régimen. Se apresuró la construcción de vías férreas; mediante una operación financiera, se obtuvo para el Estado una economía anual de diez y ocho millones y la baja del tipo del interés, lo que redundó en beneficio de las empresas industriales y mercantiles; se fundaron, por último, dos grandes establecimientos de crédito, el *Banco hipotecario de París*, que se transformó luego en el *Crédito hipotecario de Francia*, y el *Crédito mobiliario*.

El año mil ochocientos cincuenta y dos se fué en instalaciones y ceremonias. En el mes de Marzo se efectuaron las elecciones de la Asamblea legislativa, que, á causa de la presión oficial que en ellas se ejerció, más que una Cámara de diputados semejaba, por las personas que la componían, un Consejo general de intereses materiales. De los republicanos solamente salieron Cavaignac, Carnot y el médico Henon, los cuales fueron, con Montalembert, los únicos vestigios de las anteriores asambleas políticas. El veintinueve de Marzo, procedió el Príncipe-presidente á instalar, en el salón de mariscales de las Tullerías, las grandes corporaciones del Estado, y en el discurso que con este motivo pronunció, defraudó las esperanzas del público hablando aun de conservar la República. Nada tan lejos de su ánimo, sin embargo. Inmediatamente después, emprendió una ex-

cursión por los departamentos, que le recibieron al grito de ¡Viva el Emperador! Por su parte, se mostró reservado hasta llegar á Bordeus, donde á las frases del presidente de la Cámara de Comercio pidiendo el restablecimiento del Imperio, respondió con un discurso que ha quedado famoso en la Historia. Afirmó que «la nación estaba cansada de teorías absurdas y que, si le otorgaba sus simpatías, era porque no pertenecía á la familia de los ideólogos». — «Para labrar el bien del país, continuó, no hay necesidad de aplicar nuevos sistemas, basta con infundir confianza en el presente, seguridad en el porvenir. He aquí porque Francia parece volver al Imperio. Existe, sin embargo, un temor, que debo desvanecer... Ciertas personas se dicen que *el imperio es la guerra*; mas yo digo que *el imperio es la paz*; y es la paz, porque Francia la desea, y cuando Francia está contenta, el mundo vive tranquilo.» Acabó diciendo que sus conquistas habían de consistir en ganar á la conciliación los partidos disidentes; á la religión, á la moral y al bienestar, la parte de la población que no tenía creencias ni comodidades. El sobrino del gran conquistador se ofrecía como civilizador pacífico y como apóstol consumado.

El diez y nueve de Octubre regresó á París, donde se le tributó una recepción magnífica, deslumbradora, acogiéndole las altas corporaciones del Estado á los gritos de ¡Viva el Emperador! y llevándole bajo arcos de triunfo desde la estación á las Tullerías. Al día siguiente, publicó el *Monitor* esta nota: «La brillante manifestación que se efectúa en toda Francia por el restablecimiento del Imperio, impone al Presidente el deber de consultar sobre este particular al Senado». El cuatro de Noviembre, el Senado recibió del jefe del Estado un mensaje invitándole á modificar la Constitución en el sentido indicado por la voluntad del país, y el siete, un senado-consulta sometía á la aceptación del pueblo el restablecimiento del Imperio hereditario. El plebiscito, votado del veinte al veintuno de Noviembre, dió siete millones ochocientos treinta y nueve mil sí y doscientos cincuenta y tres mil no. El primero de Diciembre por la tarde, las tres grandes corporaciones del Estado se fueron á Saint-Cloud á llevar el resultado del escrutinio al Príncipe-presidente, que hallaron sentado en un trono, con su tío Jerónimo á la derecha y su primo Napoleón á la izquierda. A las felicitaciones de los presidentes de las Cámaras y del Senado, respondió de esta manera: «El nuevo reinado que se inaugura hoy no tiene por origen, como tantos otros en la Historia, la violencia, la conquista ó la astucia. Ayudadme todos á establecer, en esta tierra subvertida por tantas revoluciones, un gobierno firme, que tenga por base la religión, la justicia, la probidad y el amor de las clases que sufren». El nuevo Emperador tomó el nombre de Napoleón III.

Hémos aquí vueltos al punto de partida. Luis Felipe y Guizot fueron derribados por haberse empeñado en mantener un gobierno personal, y al cabo de cuatro años de revolución, se funda un gobierno personal más tiránico y arbitrario que el derrocado. ¿Por qué? Ante todo, por haberse extralimitado la revolución del cuarenta y ocho, que, aspirando



simplemente á establecer un gobierno liberal, se extravió al impulso de las circunstancias, hasta el extremo de instalar una república incompatible con las ideas, sentimientos y costumbres predominantes en la sociedad. Hubo que retroceder, y en este retroceso, á la restauración legitimista y á la restauración orleanista fué preferido el Imperio, ya por significar una tendencia más liberal que aquellas, ya por el brillo de su tradición. Bien mirado, hubo en el cambio progreso efectivo, por representar el segundo Imperio un estado de transición de la monarquía á la República.



## CAPÍTULO CUARTO

La contra-revolución en Italia y en Alemania.

Los trastornos acaecidos en Roma y en Florencia dieron á la revolución italiana interés europeo. Imposible que los Estados monárquicos contemplasen con indiferencia la aparición de dos nuevas repúblicas, que eran un peligro para los tronos; imposible que las potencias y las personas católicas, que consideraban el poder temporal como condición necesaria de la independencia del soberano Pontífice, tolerasen la destitución de Pío IX. Debilitada ya por las torpezas y divisiones de sus defensores, la causa democrática no podía menos de sucumbir en todas partes, por la intervención ó la hostilidad del extranjero. Donde primeramente feneció fué en el reino de Nápoles, cuyo monarca Fernando II, envalentonado con la noticia de la victoria de Austria en el norte, rompió el armisticio concluído con el gobierno revolucionario de Sicilia en Septiembre de mil ochocientos cuarenta y ocho. Su general Filangieri se puso en movimiento contra los voluntarios sicilianos que mandaba el polaco Mieralowski; el cuatro de Abril de mil ochocientos cuarenta y nueve, se apoderó de Taormina; el seis, de Catana, y el ocho se presentó delante de Palermo, que hubo de capitular el quince de Mayo, después de encarnizada resistencia. Sometida Sicilia, el régimen absolutista quedó restaurado en todo el sur de Italia.

Quedaban en pie tres repúblicas: Venecia, Roma y Florencia. Esta última fué la primera en caer, por las faltas de sus jefes, en particular de Guerazzi, á quien la Asamblea constituyente, reunida el veinticinco de Marzo, confiara la dictadura. Guerazzi usó del